

UNA SEPULTURA DE "CUPA" HALLADA EN MERIDA (Consideraciones acerca de estos monumentos funerarios)

María del Pilar Caldera de Castro

El 16 de octubre de 1972, durante las obras de cimentación del bloque número 1 de Zafer, S. A., en la calle denominada Marquesa de Pinares, de Mérida, a cinco metros de profundidad apareció una sepultura de *cupa*, única encontrada "in situ", hasta el momento, en nuestra ciudad (Lám. XXI, a).

La palabra *cupa* (de *καπη* o *κύπη* de *καπω* = *capiō* = *cabere*) significa, literalmente, cuba. Con este nombre se designa un tipo muy determinado de sepultura, que consta del propio enterramiento de incineración en un lateral y del cerramiento en forma de cuba o tonel de una pieza, sobre un plinto formado de una o varias piedras unidas¹.

La tipología de este monumento es diversa, pero en Hispania adquiere una forma especial, pues están talladas en un solo bloque. El Imperio conoce solamente un ejemplar similar hallado en la necrópolis romana del Monte de los Olivos en Jerusalén. Y dentro de esta morfología hispánica, las emeritenses tienen aún un rasgo distintivo más: están trabajadas siempre en granito y llevan la inscripción en uno de los lados mayores, sin más decoración que

1. La palabra *cupa* se utiliza también como sinónimo de sarcófago: «*In hac cupa mater et filius positi sunt*». Daremberg-Saglio, *Dictionnaire des antiquités grecques romaines*, París, 1877, art. *cupa*. Adquiere también variantes morfológicas. En el Norte de Africa se emplea «cupula» (cupla) en inscripciones para distinguir cipos funerarios.

una doble moldura en la parte inferior del arranque de la pieza.

Estas formas emeritentes contrastan de una manera notable con los demás ejemplos peninsulares. Así, las tarraconenses van talladas en mármol y llevan una decoración mucho más profusa. En sus lados mayores aparecen frontones, columnillas y toda suerte de motivos que recuerdan los elementos decorativos propios de los altares de la región². Frente a éstas, las de Mérida tienen un aire de austeridad y sencillez que es su nota más personal.

La que ahora nos ocupa (Fig. 1) contiene todos los rasgos distintivos que antes adjudicábamos a las emeritenses: de granito, tallada en un solo bloque, y tiene doble moldura e inscripción sencilla en un lateral, alzándose sobre un plinto formado por cuatro piedras unidas (Lám. XXI, b). Mide 65 centímetros de alto, 64 de ancho y 93 de largo; el plinto tiene 27 centímetros de alto, 98 de ancho y 160 de largo. La inscripción, sólo conservada en parte y deteriorado el granito, resulta ilegible, salvo la invocación a los dioses manes con las siglas D. M. S. (Lám. XXII).

El ajuar encontrado lo forman: una moneda de Trajano, una cantimplora de sigillata y dos objetos de vidrio (Fig. 5).

La cantimplora (Fig. 2) es lisa, aplastada, de cuello corto y boca circular. Alto 130 mm., ancho 120 mm., diámetro de la boca 28 mm. Concuerdá con la forma Hermet 13 —lisa o decorada— de la sigillata hispánica. Aunque nuestro ejemplar carece de asas, siendo una variante de aquélla. Barniz de color rojo claro muy brillante y de muy buena calidad, propio del siglo I-II d. C. Ejemplares similares a éste los encontramos de Itálica, en la colección de la condesa de Lebrija y en Osuna (Sevilla)³.

La primera pieza de vidrio es un cuenco (Fig. 3). Alto 35 mm., diámetro boca 98 mm., diámetro base 45 mm. Blanquecino con irisaciones por el contacto con la tierra. Base anular, cuerpo troncocónico y borde de gran vuelo, respondiendo a una fabricación de vidrio soplado-moldeado. Tanto por su tipología como por la cronología del contexto en que ha sido encontrada pensamos que puede estar relacionado con la forma 42 A de Isings.

El otro es una botella (Fig. 4) de color azulado. Alto 129 mm.,

2. D. Juliá: «Les monuments funéraires en forme de demi-cylindre dans la province romaine de Tarraconaise». *Melanges de la Casa de Velázquez*. Paris, 1965, pp. 29-72.

3. M. Mezquíríz de Catalán: *Terra Sigillata Hispánica*. The William L. Bryant Foundation. Valencia, 1961, pág. 70.

UNA SEPULTURA DE «CUPA» HALLADA EN MERIDA

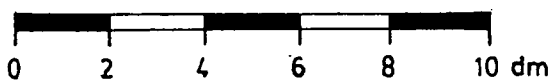
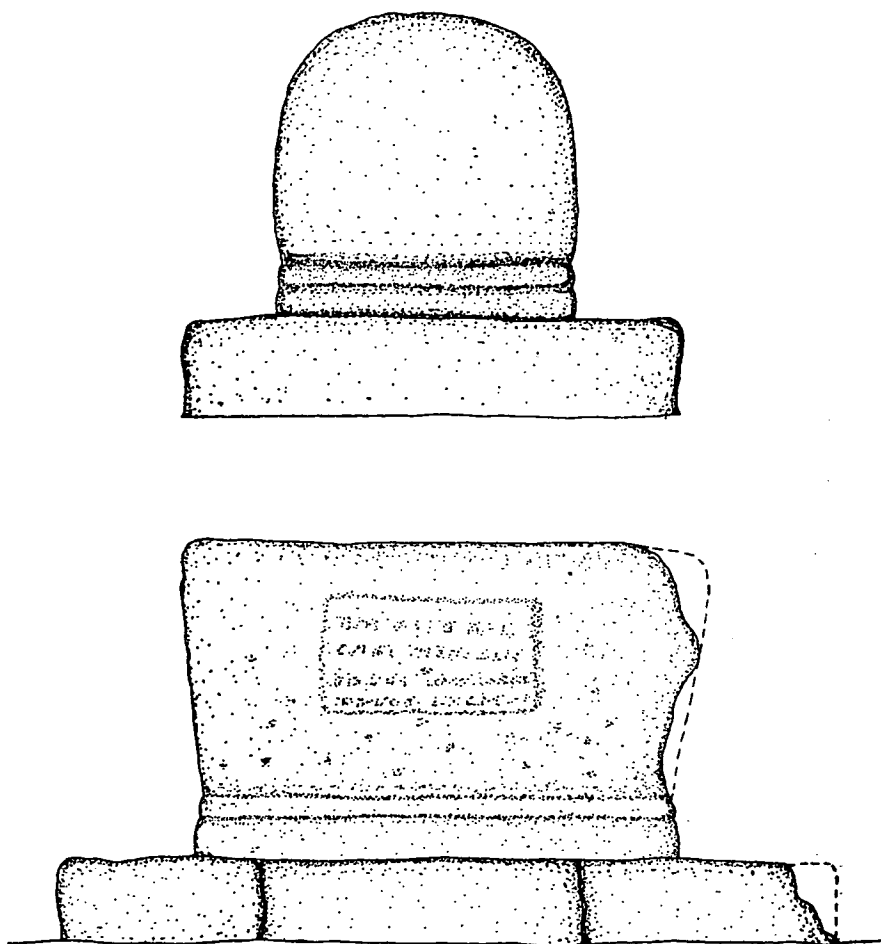


Fig. 1.—Sepultura de cupa. Vista de frente y lateral.

base 50 mm. Es ésta cuadrada, lleva la marca CBL, estando decorada con tres círculos concéntricos. Depósito rectangular con las aristas redondeadas. Cuello largo, boca circular con reborde hacia fuera. Asa con dos costillas o ribetes en los extremos.

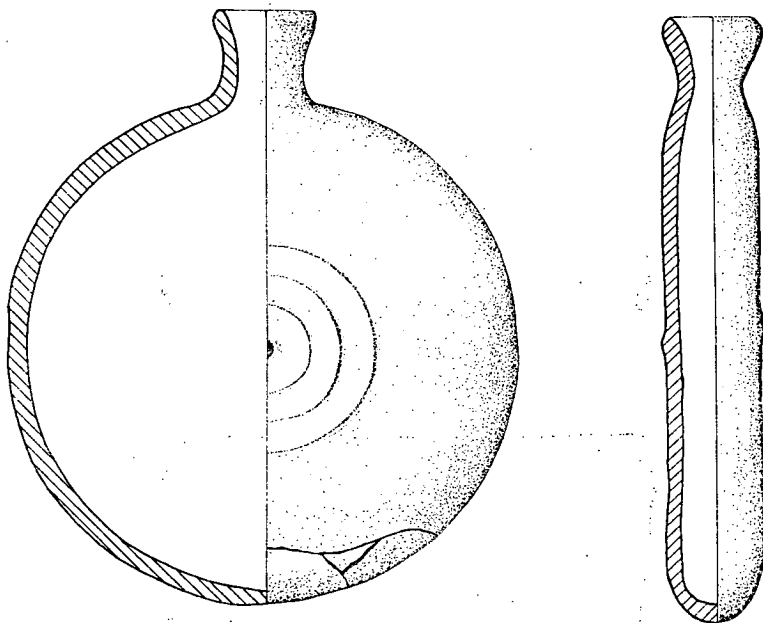


Fig. 2.—Cantimplora de *terra sigillata*.

Aunque incompleta, puede incluirse dentro de la forma 50 de Isings⁴. Esta forma se origina en la segunda mitad del siglo I y continúa en el II d. C. Ejemplares fechables, citados por esta misma autora, provienen de Locarno y Colchester, entre otros, y están datados en época Claudio-Neroniana. Isings nos dice que estas botellas, de vidrio soplado en molde, son típicas del Mediterráneo, y que se fabricaban en las provincias del Imperio. Nuestra botella, al responder a estas características, puede proceder de una fábrica local emeritense. Noticias sobre esta fábrica las tenemos de autores que intuyeron la cosa con más o menos exactitud⁵ y estu-

4. C. Isings: *Roman Glass from dated finds*. Academiae Rheno-Traiectinae Instituto Archaeologico Groningen/Djakarta, 1957, pp. 63-67.

5. M. Macías: «Vidrios romanos del museo emeritense». *Anuario del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos*, vol. 1. Madrid, 1934, pág. 195.

dios recientes han refrendado esta hipótesis sobre bases más ciertas. Trabajos llevados a cabo por Jennifer Price⁶ y Robert Lequement⁷ nos hablan de ello. Price clasifica objetos especialmente dedicados a la elaboración del vidrio conservados en el museo emeritense, como son pinzas y tijeras. Por su parte, Lequement, mientras efectuaba unos sondeos en la carretera de circunvalación, cercana al cerro de San Albín, encontró numerosas pellas de pasta vítrea y luego hemos podido comprobar cómo esto se veía aseverado por otro lote de materiales de desechos provenientes del mismo lugar, guardados en el mismo museo. Recuerdan éstos la forma de las palmatorias actuales y son en realidad piezas fallidas, fabricadas en un lugar próximo al del hallazgo donde estaría el taller.

La moneda, de 26 mm. de diámetro y mal conservada, corresponde a un as o un dupondio de Trajano.

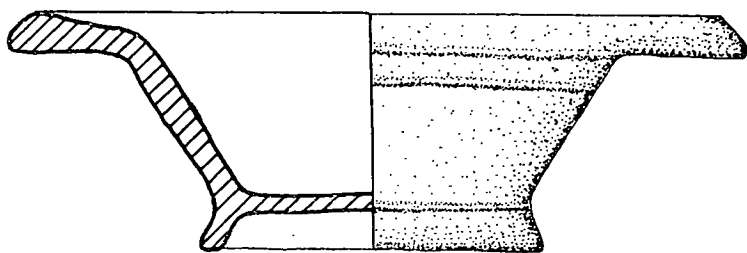


Fig. 3.—Cuenco de vidrio.

Volviendo a las *cupae*, la cronología que se les da abarca los siglos II y III d. C., compaginando en el caso de la nuestra con el ajuar funerario. Por el lugar del hallazgo de la sepultura y sus inmediaciones discurre la necrópolis oriental de Mérida, que ocupaba el valle del Albarregas, con una extensión aproximada de dos kilómetros cuadrados. Sobre esta necrópolis hay noticias en trabajos de J. M.^a Alvarez Martínez⁸ y José Alvarez Sáenz de Buruaga⁹.

6. J. Price: «Some roman glass from Spain», *Annales du 6.^o Congrès de l'Association Internationale pour l'histoire du verre*. Cologne, Juillet, 1973, pp. 80-83.

7. R. Lequement: «Rapport préliminaire sur deux sondages effectués a Mérida. Septembre-Octobre 1973», *Noticiario Arqueológico Hispánico*. *Arqueología* 5. Madrid, 1977, pág. 148.

8. J. M.^a Alvarez Martínez: «Dos inscripciones funerarias emeritenses con la fórmula *aeterna quieti*», *R.A.B.M.*, tomo LXXVI, 2. Madrid, 1973.

9. J. Alvarez Sáenz de Buruaga, en *Memorias de los Museos Arqueológicos Provinciales*,

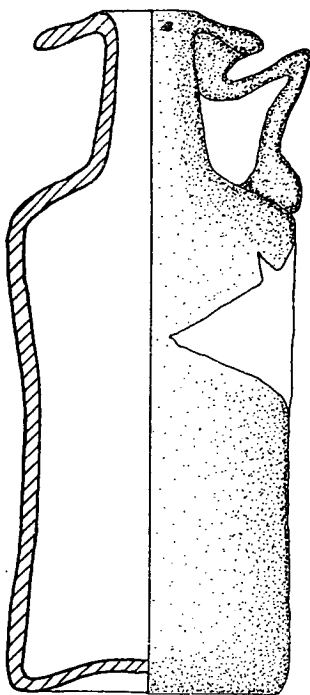


Fig. 4.—Botella de vidrio.

El número de *cupae* encontradas en Mérida es muy elevado. Hemos contado hasta 307 empotradas a modo de sillares en la muralla árabe de la Alcazaba. Otras, en número de 38, han sido extraídas de la misma y se conservan en el recinto. Hay una expuesta también en el museo de esta ciudad. A éstas habrá que añadir las que puedan encontrarse en las hiladas de la misma muralla que aún permanecen enterradas (ocho en el lienzo que da al río) y las dudosas empotradas, que forman un grupo de 27 en total. En el cálculo excluimos las ocultas por construcciones diversas o en el mismo relleno de la citada edificación.

Destaca su abundancia en el lienzo oriental de la Alcazaba, así

vol. IV (1943), págs. 48 y ss.; vol. V (1944), págs. 45 y 46; vol. VII (197), pág. 30; vols. XI-XII (1950-1951), pág. 243; vol. XIII (1952), págs. 2 y ss.; vol. XV (1954), pág. 123; vols. XIX-XXII (1958-1961), págs. 109-110.

como el que mira al río. Pero esto puede deberse a una casualidad, ya que en el resto del edificio se mezclan sin un criterio definido, bien ocupando los cimientos, bien coronando las torres. La presencia de *cupae* en la muralla la atestiguaron ya Serra y Rafols ¹⁰, Mérida ¹¹, Macías ¹²...

¿Por qué este abultado número de *cupae* en Mérida? La *cupa* es un monumento funerario de origen oriental y según prestigiosa teoría la trasposición de una vivienda doméstica abovedada, usual, entre otros lugares, en Alejandría ¹³. El Norte de Africa, que siempre ha sido un puente de comunicación entre Oriente y Occidente, serviría una vez más como punto de unión. Desde aquí pudo llegar esta costumbre hasta la capital de la Lusitania, a través de la Bética, siguiendo la vía Hispalis-Augusta Emerita, al igual que llegaron prontamente otras ideas, algunas de capital importancia, como el Cristianismo. Ahora bien, sabemos que este tipo de enterramientos era utilizado por una clase muy determinada de personas, gentes de origen norteafricano, libertos en gran parte, todos ellos relacionados con religiones mistericas ¹⁴.

¿Era en realidad tan numerosa la colonia africana en Mérida? Posiblemente sí, a pesar de que son muy pocos los testimonios de gentes de esta raigambre ¹⁵. En el Bajo Imperio, las influencias africanas están muy atestiguadas, tal es el caso de la producción musivaria emeritense ¹⁶. Por otra parte, Juliá ¹⁷, así como Albertini ¹⁸, Balil ¹⁹, García y Bellido ²⁰, localizaron en Levante el asentamiento

10. Serra y Rafols: «La alcazaba de Mérida». En *AEArq* núm. 65. Madrid, 1946, pág. 338.

11. Mérida: *Catálogo Monumental de España. Provincia de Badajoz*. Madrid, 1926, tomo II, núm. 2182, pág. 64.

12. M. Macías: *Mérida Monumental y Artística*. 2.ª edic. Barcelona, 1929, pág. 138.

13. Berciu y Wolski: «Un nouveau type de tombe mis à jour à Apulum et la problème des sarcophages à vouûte de l'Empire Romain». *Latomus*, XXIX (1970), págs. 119 y ss.

14. M. Bendala: «Las necrópolis de Mérida». *Actas del Bimilenario de Mérida*. Madrid, 1976, pág. 141.

15. Refrendan esta presencia documentos epigráficos recogidos por Forni y Bendala.

16. A. Blanco Freijeiro: «Los mosaicos romanos de Mérida». *Actas del Bimilenario de Mérida*. Madrid, 1976.

J. M.ª Alvarez Martínez: «La villa romana del Hinojal en la dehesa de las Tiendas (Mérida)». En *Noticiario Arqueológico Hispánico. Arqueología* 4. Madrid, 1976, pág. 456.

17. D. Julia: *Op. cit.*

18. E. Albertini: «Les étrangers resident en l'Espagne pendant l'Empire Romaine». *Mélanges Cagnat*. París, 1914.

19. A. Balil: «Tres aspectos de las relaciones hispano-africanas en época romana». *CAME*, I. 1953, pág. 397.

20. A. García y Bellido: «El elemento forastero en la Hispania romana». *BRAH*, CXLIV, 1939, pág. 146.

más numeroso de africanos en la España romana. Sin embargo, las *cupae* no son tan numerosas allí como en Mérida. Entonces, ¿cómo se explica su aparición masiva en esta localidad? Dolores Juliá toma como posible vía de solución una respuesta de tipo religioso, basada en ciertas concomitancias existentes entre estas formas y algunas tradiciones religiosas prerromanas. Esta cuestión gira en torno a *Endovellicus* y su posible identificación con *Sucellus*. *Endovellicus* es, como se sabe, una deidad prerromana sobre cuyo origen se han dado diversas teorías²¹. Leite lo identifica con un dios de la Medicina, una especie de Esculapio lusitano que actuaría sobre sus seguidores mediante el sueño, existiendo por tanto una «*incubatio*». M. Toutain no lo acepta ni como deidad celta ni como dios de la Medicina, y basándose sólo en el hecho de que sus santuarios coronaban cerros, le atribuye un carácter de dios de la montaña, de *numen loci*, cosa que no es muy aceptada en general. Por el contrario, S. Lambrino deduce de los jabalíes que aparecen en un ara consagrada a este dios, un carácter infernal, ya que el jabalí en todo el Mediterráneo es un animal típicamente funerario. Además, aparecen a su vez palmas y coronas de laurel, usuales símbolos de inmortalidad. La palma aparece dedicada a dioses cuyo carácter infernal es tan reconocido como el de *Ataecina*. Por lo tanto, tenemos a un *Endovellicus* dios de las almas, conductor de éstas al otro mundo (de ahí su identificación con San Miguel por Leite) y proporcionador de la inmortalidad²². Si a esto añadimos el hecho de que uno de sus atributos era el tonel y tomamos en cuenta, además, la costumbre de enterrar en toneles, no sería muy descabellado decir que todo esto tiene una gran influencia en el desarrollo tan grande de esta manifestación funeraria, pues muchas personas aceptarían gustosas una forma de enterramiento similar al atributo de aquel dios bajo el que ponían la protección de sus almas.

Sin embargo, y a pesar de ser la idea muy sugerente, no deja de asaltarnos una nueva pregunta: ¿Por qué precisamente abundan en Mérida y no en otras localidades de la Lusitania y apenas en la Bética? Es lógico pensar que si estas ideas provenían del

21. J. M.ª Blázquez Martínez: *Religiones primitivas de Hispania*. C.S.I.C. Delegación de Roma, 1962, págs. 147 y ss.

22. J. M.ª Blázquez Martínez: *Op. cit.*

Norte de Africa se difundirían también por la Bética, sabiendo además que el culto a *Endovellicus* era allí muy generalizado.

La presencia cosmopolita en Mérida de griegos, sirios, etc., es un dato a favor para que enraizara con fuerza una idea extranjera. Pero, con todo, no creemos que esto sea suficiente explicación, por lo que la incógnita queda abierta; sólo nos atreveríamos a añadir que la cuestión religiosa por sí sola no creemos que sea suficiente para dar respuesta a tan extraño fenómeno.

Nuestra necrópolis debió existir desde el siglo II d. C., no siendo lógico suponer que permaneciera indemne hasta la llegada de los árabes, pensando más lógicamente que ya habían sido utilizadas las *cupae* como sillares, en la muralla romana, en algunas de sus restauraciones. Serra y Rafols nos da noticias de sucesos como este²³. Allí, cerca de la necrópolis, habrían estado y de aquel lugar provenían cuando Abderramán II, después de derribar las murallas de Mérida, volvió a reutilizarlas en la fortaleza árabe. De esta forma han permanecido y aún permanecen algunas, pues según buen criterio, en los trabajos de restauración las que no tienen inscripciones vuelven a colocarse en su lugar, para no alterar gravemente un capítulo de la historia de la ciudad.

Una última cuestión se nos suscita. Si, como queda demostrado, el número de *cupae* era tan elevado, ¿por qué no se han producido hallazgos en los últimos años? Salvo la nuestra, encontrada *in situ* en la calle antes citada, y otra más, hallada como material de relleno en la calle Oviedo, no hay ningún otro testimonio en el resto de la ciudad. Cabe, pues, preguntarse, ¿es que las *cupae* se circunscribían a un único recinto cercano a Marquesa de Pinares? Y si es así, ¿formaban un núcleo homogéneo, aislado a otras manifestaciones funerarias? Algo parecido a lo que (salvando las distancias cronológicas) sucede con cementerios de distintas confesiones en la actualidad. La respuesta es algo que se nos escapa, pero es posible que estuvieran aparte y, si esto fuera corroborado, tendríamos una nueva característica inherente a estas sepulturas.

23. J. Serra y Ráfols: *Op. cit.*, pág. 338.